

DISCURSO DE APERTURA VENEZUELAN INTERNATIONAL MODEL UNITED NATIONS, VIMUN 2005

JUAN CARLOS ESCOTET

Miércoles 29 de abril de 2005

Quiero decirle a cada uno de ustedes, con mis palabras más francas, lo contento que estoy de verles aquí esta mañana.

Traen ustedes a esta casa que es Ciudad Banesco, que es la casa de cada uno de ustedes, un obsequio maravilloso: me refiero a esa atmósfera de lo nuevo, de lo innovador, a ese aire de futuro, de lo que se anuncia y ya está aquí, a esa magnífica esperanza y energía que son siempre los jóvenes.

Más que darles la bienvenida, creo que lo pertinente es darles las gracias por estar aquí, por permitirnos estar cerca de la iniciativa en la que están trabajando. No lo digo como un compromiso sino como la expresión del sentimiento que todos compartimos aquí en Banesco: son ustedes bienvenidos.

Sepan que, para iniciativas como ésta que hoy los reúne, siempre encontrarán de nuestra parte, receptividad y apoyo. Todo lo que nosotros podamos hacer para que cada uno pueda ser cada día una mejor persona, nos interesa de modo primordial.

Cuando los veo aquí; cuando pienso en la educación que recibimos los miembros de mi generación; o, todavía más, cuando pienso en el modo en que fueron educados mis padres y mis abuelos, me sorprende y me llena de alegría ser testigo de cómo van cambiando las cosas y, en el caso de lo que significa el VIMUN 2005, cómo van mejorando algunas de ellas.

Digo esto porque, en otros tiempos por fortuna ya superados, la educación para la tolerancia, para la aceptación y comprensión del otro, para la formación de un ciudadano con valores democráticos, era algo que debía esperar a la propia experiencia de la vida, o que llegaba con la etapa universitaria en algunas carreras, y, a veces, cuando la suerte así lo facilitaba, a que fuese en el seno de la familia, donde se recibiesen las importantes lecciones que nos educan para la negociación y el acuerdo.

Me siento honrado de poder saludar el comienzo de una reunión, cuya meta de trabajo, ni más ni menos, es la formación de ciudadanos, de personas que,

temprano en la vida, comienzan a experimentar lo que son las difíciles realidades del mundo.

Lo primero que llama mi atención es la aproximación a los hechos que conlleva la experiencia de negociar y llegar a acuerdos. Esto supone transmitir y entender que todos los hechos son complejos, que exigen de nuestra parte una actitud desprejuiciada, y el mayor esfuerzo de comprensión posible para entender que toda decisión tiene siempre consecuencias, y que las mismas, no siempre son 100% benéficas.

Si algo caracteriza a los problemas de nuestro tiempo, no importa si son dificultades políticas, relacionadas con la enorme pobreza que afecta a todo el planeta, con la planificación de la salud, con la protección del medio ambiente, con la lucha en contra de las drogas, con la libertad de expresión o con la creación de nuevas leyes, es que no hay soluciones perfectas.

Cada vez es menos cierto que las cosas que nos afectan en lo personal o en lo social, se arreglan con leyes y normas. Lo más importante es la educación, la transmisión de valores, es decir, el convencimiento de cada quien, de cada persona, de que su contribución es esencial para que se encuentren arreglos, que sean los más beneficiosos para todo el mundo.

Lo más importante que debemos entender, me atrevo a decir, es que todas las decisiones que afectan a la sociedad o a las comunidades, tienen cosas que favorecen a unos y afectan a otros. O, que son percibidas como buenas para unos y rechazadas por otros.

Por eso es que negociar y llegar a unos acuerdos es algo que yo considero tan, pero tan valioso. Porque cuando te sientas en una mesa de negociación, lo primero que ocurre, es que estás reconociendo que hay otra persona, otro sector, otro interés contrapuesto al tuyo, pero además, de modo tácito o explícito, estás aceptando que tu contraparte tiene un derecho, una oportunidad, una consideración, semejante a la tuya.

Negociar, es de antemano, un acto de respeto. Es un momento de gran carga simbólica porque implica adoptar una actitud humanitaria y humanística: asumir en los hechos que nada en la vida debería ser unilateral. Que distribuir los beneficios, establecer límites y reglas de convivencia, formular soluciones para los problemas públicos, no puede o, mejor dicho, no debe hacerse sin considerar la perspectiva, la opinión, el interés del otro.

Pero además, hay algo que es lo que, en mi criterio, es el punto principal de la razón por la que la humanidad ha aprendido y está todavía aprendiendo a

negociar: y es que si los hombres y las sociedades no aprendemos a establecer acuerdos para vivir juntos, el resultado de ello es siempre la violencia. Toda paz, desde hace milenios, sólo es posible cuando las partes aceptan convivir bajo acuerdos con los que todos los involucrados tienen un nivel, aunque sea mínimo, de aceptación.

En el fondo, de lo que estamos hablando es de justicia. Por definición, no puede haber un mundo justo cuando una persona o un grupo social le impone a otro sus modos de actuar y de vivir.

Nadie, absolutamente nadie, debe sentirse que su voz, sus criterios y sus intereses no son valorados o escuchados.

Cuando eso lamentablemente pasa, lo que siempre ha ocurrido es que las diferencias se transforman en incertidumbre, en conflictos, en guerras o en momentos de mucho dolor para todos.

Si cada uno de ustedes tiene en su corazón o en sus pensamientos un profundo anhelo de paz. Si cada uno vive con el sueño de tener una vida tranquila y plácida, en todos los terrenos de su vida. Si de verdad aceptamos que en el seno de la pareja, de la familia, entre los amigos, en el trabajo y en el país, lo deseable es la paz, la estabilidad, la existencia de reglas claras y aceptadas de convivencia, entonces todos ustedes estarán en la obligación de adoptar, de ahora y para siempre, las herramientas de la negociación y los acuerdos como principios de vida.

Porque de eso se trata justamente: que no hay lugar en la vida donde ellas no apliquen. Es más, hasta los más indiscutibles principios de autoridad corren el riesgo de ser desatendidos o vulnerados, si los responsables de velar por su cumplimiento se exceden en sus modos de ejecutarla.

Llegar a cualquier acuerdo nos une. Nos señala una esperanza de una vida mejor. Nos hace sentir mejor como personas. Nos permite verificar, en la realidad, que no hay nada mejor que evitar los conflictos. Que respetar las palabras, que aceptarnos unos a otros, con nuestras diferencias y necesidades, es la única vía que tenemos de alcanzar un mundo mejor.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet R.